

JUAN PABLO II INVITA A DEJARSE «CONQUISTAR» POR EL MISTERIO DE AMOR DE DIOS

Palabras antes de rezar el «Angelus» de este domingo

CIUDAD DEL VATICANO, 24 febrero 2002 (ZENIT.org).- «Cuando el corazón ha sido "conquistado" por Cristo, la vida cambia», afirmó Juan Pablo II en su intervención ante los peregrinos antes de rezar la oración mariana del «Angelus» este domingo. Estas fueron sus palabras.

¡Queridos hermanos y hermanas!

1. Hoy, segundo domingo de Cuaresma, se nos vuelve a proponer la narración evangélica de la transfiguración de Cristo. Antes de afrontar la pasión y la cruz, Jesús subió «a lo alto de un monte» (Mateo 17,1), identificado comúnmente como el Tabor, junto con los apóstoles Pedro, Santiago y Juan. Ante ellos «se transfiguró»: su rostro y toda la persona brillaron de luz.

La liturgia de hoy nos invita a seguir al Maestro sobre el Tabor, sobre el monte del silencio y de la contemplación. Es la gracia que he tenido esta semana de «Ejercicios espirituales» con mis colaboradores de la Curia romana, una experiencia que recomiendo a todos, si bien en formas adaptadas a las diferentes vocaciones y condiciones de vida. Especialmente en el tiempo de Cuaresma, es importante que las comunidades cristianas se conviertan en auténticas escuelas de oración (cf. «Novo millennio ineunte», 33), donde uno se deja «conquistar» por el misterio de luz y amor de Dios (cf. Fil 3,12).

2. Sobre el Tabor comprendemos mejor que la vida de la cruz y de la gloria son inseparables. Acogiendo hasta el final el designio del Padre, en el que estaba escrito que habría tenido que sufrir para entrar en su gloria (cf. Lc 24,26), Cristo experimenta anticipadamente la luz de la resurrección.

También nosotros, al llevar todos los días con fe llena de amor la cruz, experimentamos junto al peso y la dureza, su fuerza de renovación y de consolación. Con Jesús recibimos esta luz interior especialmente en la oración.

Cuando el corazón ha sido «conquistado» por Cristo, la vida cambia. Las opciones más generosas, y sobre todo, perseverantes, son fruto de profunda y prolongada unión con

Dios en el silencio orante.

3. Pedimos a la Virgen del silencio, que ha sabido custodiar la luz de la fe incluso en las horas más oscuras, la gracia de una Cuaresma vivificada por la oración. Que María nos ilumine el corazón y nos ayude a todos a adherir fielmente en toda circunstancia a los designios de Dios.

LA SANTIDAD, AVENTURA DE AMOR QUE DA SENTIDO A LA VIDA

Dios Trinidad, segunda etapa de los Ejercicios Espirituales

CIUDAD DEL VATICANO, 19 febrero 2002 (ZENIT.org).- Los Ejercicios Espirituales que realiza Juan Pablo II en el Vaticano han entrado en una segunda etapa que ha culminado con la constatación de la aventura más apasionante del hombre: la santidad, aventura del amor en su plenitud.

El predicador pontificio, el cardenal Cláudio Hummes, llegó a esta conclusión al adentrarse entre la tarde del lunes y la mañana del martes en el misterio de amor más sorprendente para el creyente, la Trinidad.

Experiencia del Amor

Siguiendo un itinerario de «humildad transparente y de pobreza espiritual», el purpurado franciscano no hizo más que poner al Papa y a sus colaboradores de la Curia romana ante el misterio de las tres Personas.

«Es necesario acercarse al misterio de la Trinidad, quitándonos las sandalias, dejándonos involucrar por el fuego purificador de la zarza ardiente», propuso el arzobispo de Sao Paulo con un lenguaje brasileño preñado de coloridas expresiones bíblicas.

Dios Trinidad, recordó, es un misterio inaccesible para la razón humana. Sólo el amor teologal nos permite descubrir poco a poco ese misterio, a través de una «pedagogía» divina que lleva entablar una relación de amor con las tres personas divinas.

Falsos dioses

El cardenal Hummes contrastó la contemplación de la belleza de Dios con la constatación de la condición del hombre moderno, «contaminado por la ideología racionalista», que le ha llevado a perder «el sentido del misterio, tan necesario para vivir la vida de fe y la vida humana como una aventura maravillosa».

«No acoger la sublimidad del misterio --dijo-- significa perderse en caminos que llevan al hombre a adorar su propia obra científica y tecnológica con todas sus limitaciones, fracasos y riesgos».

De aquí, constató, la urgencia de la «nueva evangelización que hace que el hombre moderno sea nuevamente sensible al misterio trascendente de Dios».

Santidad, la auténtica aventura

Para alcanzar este objetivo, aseguró Hummes, debemos «sentarnos a los pies del Maestro y escucharlo».

«Jesús se siente inmensamente feliz por ser el Hijo amado y quiere que también nosotros experimentemos esta felicidad suya, convirtiéndonos en hijos del mismo Padre», dijo el cardenal.

En esta aventura, que lleva a descubrir el amor de Dios Padre, siguió explicando el predicador, es guiada por el Espíritu, «continua fuerza de renovación».

Es la aventura de la santidad, afirmó. Pero, «¿qué significa la santidad?».

«Santidad es la presencia del Espíritu de Dios en nosotros, de la Trinidad en nosotros --respondió--. Su Espíritu que nos hace capaces de experimentar el amor de Dios por nosotros y de responder amando a Dios como a un Padre y amándonos los unos a los otros como hermanos».

«Esto es la santidad, sólo esto. Esto es todo», concluyó.

JUAN PABLO II: LAS ARMAS DEL CRISTIANO PARA COMBATIR EL MAL

Palabras del pontífice antes de rezar la oración mariana del Angelus

CIUDAD DEL VATICANO, 17 febrero 2002 (ZENIT.org).- En su lucha contra el mal, el cristiano cuenta con las armas decisivas de «la oración, los sacramentos, la penitencia, la escucha atenta de la Palabra de Dios, la vigilancia y el ayuno», aseguró Juan Pablo II este domingo antes de rezar el «Angelus».

En su tradicional encuentro dominical con los peregrinos, el Santo Padre ofreció a inicios de Cuaresma los consejos evangélicos para afrontar las tentaciones de la concupiscencia, del mal ejemplo de los demás, y del demonio.

Estas fueron sus palabras:

Queridos hermanos y hermanas!

1. Este miércoles pasado hemos emprendido el itinerario penitencial de Cuaresma con el rito de la imposición de las cenizas, un rito lleno de simbolismo, arraigado en la tradición bíblica, y sumamente apreciado por la devoción popular. La ceniza nos recuerda la fragilidad de la existencia terrena y nos orienta a mirar a Cristo que, con su muerte y resurrección, la ha rescatado de la esclavitud del pecado y de la muerte. Con estas disposiciones íntimas nos ponemos en camino hacia Pascua, manteniendo el corazón abierto a la insistente invitación del Señor: «Convertíos y creed en el Evangelio» (Marcos 1, 15).

2 Hoy, primer domingo de Cuaresma, la liturgia nos propone la impresionante página evangélica de las tentaciones de Jesús: «Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo» (Mateo 4, 1). La misión del Redentor comienza precisamente con su victoria sobre la triple insidia del príncipe del mal.

«Apártate, Satanás» (Marcos 4, 10). La actitud decidida del Mesías constituye para nosotros un ejemplo y una invitación a seguirlo con valiente determinación. El demonio, «príncipe de este mundo» (Juan 12, 31), continúa todavía hoy con su acción falaz. Todo hombre es tentado por la propia concupiscencia y el mal ejemplo de los demás, así como por el demonio, y es más tentado aún cuando menos lo percibe. ¡Cuántas veces con ligereza cede a las falaces lisonjas de la carne y del maligno, y experimenta después amargas desilusiones! Es necesario seguir siendo vigilantes para reaccionar con prontitud a todo ataque de la tentación.

3. La Iglesia, experta maestra de humanidad y de santidad, nos señala instrumentos

antiguos y siempre nuevos para afrontar el diario combate contra las sugerencias del mal: la oración, los sacramentos, la penitencia, la escucha atenta de la Palabra de Dios, la vigilancia y el ayuno.

Emprendamos con mayor compromiso el camino penitencial de la Cuaresma para estar preparados a vencer toda seducción de Satanás y llegar a Pascua en la alegría del espíritu (cf. Oración colecta).

Que María, Madre de la divina Misericordia, nos acompañe. A ella le quisiera confiar de manera especial los Ejercicios Espirituales que esta noche comenzaré en el Vaticano, junto con mis colaboradores de la Curia Romana. A todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, os pido que nos acompañéis con la oración para que sean días fructuosos no sólo para los que participan, sino para toda la Iglesia.

[Traducción del original italiano realizada por Zenit

El pontífice saludó a continuación en varios idiomas a los peregrinos congregados en la plaza de San Pedro del Vaticano. Estas fueron sus palabras en castellano:]

JUAN PABLO II: LA EUCARISTÍA, EL TESORO MÁS PRECIOSO DE LOS CRISTIANOS

Intervención del Papa antes de rezar la oración mariana del «Angelus»

CIUDAD DEL VATICANO, 2 junio 2002 (ZENIT.org).- Publicamos las palabras que pronunció Juan Pablo II este domingo antes de rezar con los peregrinos reunidos en la plaza de San Pedro del Vaticano la oración mariana del «Angelus».

* * *

¡Queridos hermanos y hermanas!

1. En Italia y en otros países se celebra hoy la solemnidad del «Corpus Domini». La comunidad cristiana se reúne entorno a la Eucaristía y en ella adora su tesoro más precioso: Cristo realmente presente bajo las especies del pan y del vino consagrados.

El pueblo entero sale de las iglesias y lleva el santísimo sacramento por las calles y las plazas de las ciudades. Es Cristo resucitado que camina por los caminos de la humanidad y sigue ofreciendo su «carne» a los hombres como auténtico «pan de vida» (Cf. Juan 6, 48.51). Hoy, al igual que hace dos mil años, «estas palabras son duras» (Juan 6, 60) para la inteligencia humana, que se queda como superada por el misterio.

Para explorar la fascinante profundidad de esta presencia de Cristo bajo los «signos» del

pan y del vino es necesaria la fe, o más bien, es necesaria la fe vivificada por el amor. Sólo quien cree y ama puede comprender algo de este inefable misterio, gracias al cual Dios se acerca a nuestra pequeñez, busca nuestra enfermedad, se revela por lo que es, infinito huésped que salva.

3. Por este motivo la Eucaristía es el centro motor de la comunidad. Desde los inicios, desde la primitiva comunidad de Jerusalén, los cristianos se reunían en el día del Señor para renovar en la santa misa el memorial de la muerte y resurrección de Cristo. El «domingo» es el día del descanso y de la alabanza, pero sin la Eucaristía se pierde su verdadero significado. Por este motivo, en la carta apostólica «Novo millennio ineunte», he vuelto a proponer como nuevo compromiso pastoral prioritario la revaloración del domingo y, en él, de la celebración eucarística: «deber irrenunciable, que se ha de vivir no sólo para cumplir un precepto, sino como necesidad de una vida cristiana verdaderamente consciente y coherente» (n.36).

3. Al adorar la Eucaristía, no podemos dejar de pensar con reconocimiento en la Virgen María. Nos lo sugiere el célebre himno eucarístico que cantamos con frecuencia: «Ave, verum Corpus / natum de Maria Virgine». Pedimos hoy a la Madre del Señor que cada uno pueda experimentar la dulzura de la comunión con Jesús y participar, gracias al pan de vida eterna en su misterio de salvación y de santidad.

JUAN PABLO II: EL JUICIO DE DIOS, LIBERACIÓN DE SU AMADO

Intervención en la audiencia general sobre el Cántico de Habacuc

CIUDAD DEL VATICANO, 15 mayo 2002 (ZENIT.org).- Publicamos la intervención de Juan Pablo II en la audiencia general de este miércoles, celebrada en la plaza de San Pedro del Vaticano, dedicada al Cántico de Habacuc sobre el «Juicio de Dios».

1 La Liturgia de los Laudes nos propone una serie de cánticos bíblicos de gran intensidad espiritual para acompañar la oración fundamental de los Salmos. Hoy hemos escuchado un ejemplo, tomado del tercer y último capítulo del libro Habacuc. Este profeta vivió al finalizar el siglo VII a. c., cuando el reino de Judá se sentía como aplastado por dos superpotencias en expansión, por un lado Egipto y por el otro Babilonia.

Sin embargo, muchos estudiosos consideran que este himno final es una cita. Al breve

escrito de Habacuc se le habría añadido como apéndice un auténtico canto litúrgico «en tono de lamentación» para ser acompañado con «instrumentos de cuerda», como dicen dos notas puestas al inicio y al final del Cántico (Cf. Habacuc 3, 1.19b). La Liturgia de los Laudes, siguiendo con el hilo de la antigua oración de Israel, nos invita a transformar en un canto cristiano esta composición, escogiendo algunos versículos significativos (Cf. versículos 2-4.13a.15-19a).

2. El himno, que revela también una considerable fuerza poética, presenta una grandiosa imagen del Señor (Cf. versículos 3-4). Su figura domina solemnemente sobre toda la escena del mundo y el universo siente escalofríos ante su caminar majestuoso. Avanza desde el Sur, desde Temán; y desde el monte Farán (Cf. versículo 3), es decir, desde el área del Sinaí, sede de la gran epifanía reveladora para Israel. El Salmo 67 también hace una descripción del «Señor que viene desde el Sinaí al santuario» de Jerusalén (Cf. v. 18). Su aparición, según una constante en la tradición bíblica, está rodeada de luz (Cf. Habacuc 3, 4).

Es una irradiación de su misterio trascendente que se comunica a la humanidad: la luz, de hecho, está fuera de nosotros, no la podemos aferrar o detener; y sin embargo nos envuelve, ilumina y calienta. Así es Dios, lejano y cercano, imposible de aferrar y sin embargo cercano a nosotros, es más, dispuesto a estar con nosotros y en nosotros. Ante la revelación de su majestad responde desde la tierra un coro de alabanza: es la respuesta cósmica, una especie de oración a la que el hombre presta su voz.

La tradición cristiana ha vivido esta experiencia interior no sólo en el marco de la espiritualidad personal, sino también con audaces creaciones artísticas. Dejando a un lado las majestuosas catedrales de la Edad Media, mencionamos sobre todo el arte del oriente cristiano con sus admirables iconos y con la genial arquitectura de sus iglesias y monasterios.

La iglesia de santa Sofía de Constantinopla es desde este punto de vista una especie de arquetipo en lo que se refiere a la delimitación del espacio de la oración cristiana, en el que la presencia y la imposibilidad de aferrar la luz permite experimentar la intimidad y la trascendencia de la realidad divina. Ésta penetra en toda la comunidad orante hasta llegar a la médula de los huesos y al mismo tiempo le invita a superarse a sí misma para sumergirse en todo el carácter inefable del misterio. Sumamente significativas son también las propuestas artísticas y espirituales que caracterizan los monasterios de esa tradición cristiana. En aquellos auténticos espacios sagrados --y el pensamiento se dirige espontáneamente al Monte Athos-- el templo contiene en sí un signo de eternidad. El

misterio de Dios se manifiesta y se esconde en esos espacios a través de la oración continua de los monjes y eremitas, considerados desde siempre como semejantes a los ángeles.

3. Pero regresemos al Cántico del profeta Habacuc. Para el autor sagrado, la entrada del Señor en el mundo tiene un significado preciso. Quiere entrar en la historia de la humanidad, «en medio de los años», como se repite dos veces en el versículo 2, para juzgar y hacer mejores las vicisitudes que nosotros afrontamos de manera confusa y en ocasiones perversa.

Entonces, Dios muestra su desdén (Cf. v. 2c) contra el mal. El canto hace referencia a una serie de intervenciones divinas inexorables, sin especificar si se trata de acciones directas o indirectas. Evoca el éxodo de Israel, cuando la caballería del faraón se hundió en el mar (Cf. v. 15). Pero aparece también la perspectiva de la obra que el Señor está a punto de cumplir con el nuevo opresor de su pueblo. La intervención divina es presentada de manera casi «visible» a través de una serie de imágenes agrícolas: «Aunque la higuera no echa yemas y las viñas no tienen fruto, aunque el olivo olvida su aceituna y los campos no dan cosechas, aunque se acaben las ovejas del redil y no quedan vacas en el establo, yo exultaré con el Señor, me gloriaré en Dios, mi salvador» (versículo 17). Todo lo que es signo de paz y de fertilidad es eliminado y el mundo parece quedar como un desierto. Se trata de un símbolo común entre los profetas (Cf. Jeremías 4, 19-26; 12, 7-13; 14, 1-10) para ilustrar el juicio del Señor que no es indiferente ante el mal, la opresión, la injusticia.

4. Ante la irrupción divina, el orante queda aterrado (Cf. Habacuc 3, 16), siente un escalofrío total, se siente vaciar el alma, y experimenta el temblor, pues el Dios de la justicia es infalible, a diferencia de los jueces terrenos.

Pero la entrada del Señor tiene también otra función, que nuestro canto exalta con alegría. En su desdén, no olvida la clemencia compasiva (Cf. v. 2). Sale del horizonte de su gloria no sólo para destruir la arrogancia del impío, sino también para salvar a su pueblo y a su consagrado (Cf. v. 13), es decir, Israel y su rey. Quiere ser también liberador de los oprimidos, hacer brotar la esperanza en el corazón de las víctimas, abrir una nueva era de justicia.

5. Por este motivo, nuestro cántico, si bien está marcado por el «tono de lamento», se transforma en un himno de alegría. Las calamidades anunciadas tienen por objetivo la liberación de los opresores (Cf. v. 15). Provocan, por tanto, la alegría del justo que

exclama: «yo exultaré con el Señor, me gloriaré en Dios, mi salvador» (v. 18). La misma actitud es sugerida por Jesús a sus discípulos en tiempos de cataclismos apocalípticos: «Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza porque se acerca vuestra liberación.» (Lucas 21, 28).

El versículo final del cántico de Habacuc es sumamente bello para expresar la serenidad reconquistada. El Señor es definido, como lo había hecho David en el Salmo 17, no sólo como «la fuerza» de su fiel, sino también como aquel que dona agilidad, frescura, serenidad en los peligros. David cantaba: «Yo te amo, Señor, mi fortaleza [...] Él hace mis pies como de ciervas, y en las alturas me sostiene en pie» (Salmo 17, 2. 34). Ahora, nuestro cantor exclama: «El Señor soberano es mi fuerza, él me da piernas de gacela y me hace caminar por las alturas». (Habacuc, 3, 19). Cuando se está al lado del Señor, ya no se tiene miedo de las pesadillas y de los obstáculos, sino que se avanza con paso ligero y con alegría por el camino más áspero de la vida».

[Traducción del original italiano realizada por Zenit]

Al terminar la audiencia, el Santo Padre hizo esta síntesis en castellano.

Queridos hermanos y hermanas:

El himno de Habacuc que meditamos hoy nos presenta una grandiosa imagen del Señor: su figura destaca solemnemente sobre el mundo y el universo entero se estremece ante su acción. Se nos presenta una irradiación de su misterio trascendente que se comunica a la humanidad: Dios, lejano y cercano, inabarcable y a la vez próximo a nosotros, más aún, dispuesto para estar con nosotros y en nosotros. Ante la revelación de su misterio la tierra responde con un coro de alabanzas, una respuesta cósmica a la que el hombre presta su voz.

Este cántico muestra una vez más la clemencia compasiva de Dios, que no sólo se levanta de su trono para destruir la arrogancia del impío sino también para salvar a su pueblo. Por eso, cuando se es consciente de la cercanía del Señor no se temen los obstáculos sino que se camina con paso ligero y con alegría por el camino, a veces difícil, de la vida.

Saludo a los peregrinos de lengua española; de modo particular a los miembros de la Cofradía del Lignum Crucis, de España. Os deseo a todos abundantes frutos espirituales

de vuestra peregrinación a Roma y copiosa efusión de dones del Espíritu Santo en la ya cercana fiesta de Pentecostés. Muchas gracias por vuestra atención.

JUAN PABLO II: «LA MISIÓN ES ANUNCIO DE PERDÓN»

Mensaje del Papa para la Jornada Misionera Mundial (Domund)

CIUDAD DEL VATICANO, 20 mayo 2002 (ZENIT.org).- Publicamos a continuación el mensaje de Juan Pablo II para la próxima Jornada Misionera Mundial (Domund), que se celebrará el próximo domingo 20 de octubre con el lema «La misión es anuncio de perdón».

Queridísimos Hermanos y Hermanas:

1. La misión evangelizadora de la Iglesia es esencialmente anuncio del amor, de la misericordia y del perdón de Dios, revelados a los hombres mediante la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo, nuestro Señor. Es la proclamación de la gozosa noticia de que Dios nos ama y quiere que estemos todos unidos en su amor misericordioso, perdonándonos y pidiendo perdón a los demás, incluso las ofensas más graves. Esta es la Palabra de la reconciliación que nos ha sido confiada porque, como afirma san Pablo, «en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nuestros labios la palabra de reconciliación» (2 Corintios 5,19). Estas palabras hacen eco y recuerdan el supremo anhelo del corazón de Cristo en la cruz: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23,34).

He aquí, pues, una síntesis de los contenidos fundamentales de la Jornada Misionera Mundial, que celebraremos el domingo 20 de octubre próximo, dedicada al estimulante tema: «La misión es anuncio de perdón». Se trata de un acontecimiento que se repite cada año, pero que no pierde con el pasar del tiempo su significado e importancia, porque la misión constituye nuestra respuesta al supremo mandato de Jesús: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes... enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (Mateo 28,19).

2. Al inicio del tercer milenio cristiano se impone con mayor urgencia el deber de la misión, porque, como recordé ya en la encíclica «Redemptoris missio», «el número de los que aún no conocen a Cristo ni forman parte de la Iglesia aumenta constantemente; más aún, desde el final del Concilio, casi se ha duplicado. Para esta humanidad

inmensa, tan amada por el Padre que por ella envió a su propio Hijo, es patente la urgencia de la misión» (n. 3).

Con el gran apóstol y evangelizador san Pablo, queremos repetir: «Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!... es una misión que se me ha confiado» (1 Corintios 9,16-17). Sólo el amor de Dios, capaz de hermanar a los hombres de toda raza y cultura, podrá hacer desaparecer las dolorosas divisiones, los contrastes ideológicos, las desigualdades económicas y los violentos atropellos que oprimen todavía a la humanidad.

Son bien conocidas las horribles guerras y revoluciones que han ensangrentado el siglo apenas transcurrido, y los conflictos que, desgraciadamente, continúan afligiendo al mundo de modo casi endémico. Esto no hace olvidar, al mismo tiempo, el anhelo de muchos hombres y mujeres que, aun viviendo en gran pobreza espiritual y material, experimentan gran sed de Dios y de su amor misericordioso. La invitación del Señor a anunciar la Buena Nueva sigue siendo válida hoy, más aún, se hace cada vez más urgente.

3. En la carta apostólica «Novo millennio ineunte» subrayé la importancia de la contemplación del rostro doliente y glorioso de Cristo. El corazón del mensaje cristiano es el anuncio del misterio pascual de Cristo crucificado y resucitado. El rostro doliente del Crucificado «nos lleva a acercarnos al aspecto más paradójico de su misterio, como se ve en la hora extrema de su misterio» (n. 25). En la Cruz, Dios no ha revelado todo su amor. La Cruz es la clave que da libre acceso a «una sabiduría que no es de este mundo, ni de los dominadores de este mundo, sino a la sabiduría divina, misteriosa, que ha permanecido escondida» (1 Corintios 2,6.7).

La Cruz, en la que resplandece ya el rostro glorioso del Resucitado, nos introduce en la plenitud de la vida cristiana y en la perfección del amor, porque revela la voluntad de Dios de compartir con los hombres su vida, su amor y su santidad. A partir de este misterio, la Iglesia, recordando las palabras del Señor «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Cf. Mateo 5,48), comprende cada vez mejor que su misión no tendría sentido si no condujera a la plenitud de la existencia cristiana, es decir, a la perfección del amor y de la santidad.

En la contemplación de la Cruz aprendemos a vivir en humildad y en el perdón, en la paz y en la comunión. Esta fue la experiencia de san Pablo, que escribía a los Efesios:

«Os ruego, pues, yo, preso por el Señor, que viváis de una manera digna de la vocación con la que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz» (Efesios 4,1-3). Y a los Colosenses añadía: «Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el lazo de la unión perfecta. Y que la paz de Cristo reine en vuestros corazones, pues a ello habéis sido llamados formando un solo Cuerpo» (Col 3,12-15).

4. Queridísimos hermanos y hermanas: el grito de Jesús en la cruz (Cf. Mateo 27,46) no revela la angustia de un desesperado, sino que es la oración del Hijo que ofrece su vida al Padre para la salvación de todos. Desde la cruz, Jesús indica a qué condiciones es posible practicar el perdón. Al odio, con que sus perseguidores le habían clavado en la Cruz, responde rogando por ellos. No sólo los ha perdonado, sino que continúa amándolos, queriendo su bien y, para esto, intercede por ellos. Su muerte se convierte en verdadera y propia realización del Amor.

Ante el gran misterio de la Cruz no podemos sino postrarnos en adoración. «Para devolver al hombre el rostro del Padre, Jesús debió no sólo asumir el rostro del hombre, sino cargarse incluso del "rostro" del pecado. "Quien no conoció pecado, se hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él" (2 Corintios 5,21)» («Novo millennio ineunte», 25). Con el perdón absoluto de Cristo incluidos sus perseguidores comienza para todos la nueva justicia del Reino de Dios.

Durante la Última Cena, el Redentor dijo a los Apóstoles: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (Juan 13, 34-35).

5. Cristo resucitado dona a sus discípulos la paz. La Iglesia, fiel al mandamiento de su Señor, continúa proclamando y difundiendo la paz. Mediante la evangelización, los creyentes ayudan a los hombres a reconocerse hermanos y, como peregrinos en la tierra, aunque por caminos diversos, todos encaminados hacia la Patria común que Dios no cesa de señalarnos, a través de caminos conocidos sólo por Él. El camino real de la misión es el diálogo sincero (Cf. «Ad gentes», 7; «Nostra aetate», 2); el diálogo que «no nace de una táctica o de un interés» («Redemptoris missio» 56), ni tampoco es fin en sí

mismo. El diálogo que, más bien, hace hablar al otro con estima y comprensión, afirmando los principios en que se cree y anunciando con amor las verdades más profundas de la fe, que son alegría, esperanza y sentido de la existencia. En el fondo, el diálogo es la realización de un impulso espiritual, que «tiende a la purificación y conversión interior, que, si se alcanza con docilidad al Espíritu, será espiritualmente fructífero» (ibid. 56): El empeño por un diálogo atento y respetuoso es una "conditio sine qua non" para un auténtico testimonio del amor salvífico de Dios.

Este diálogo está profundamente ligado a la voluntad de perdón, porque quien perdona abre el corazón a los demás y se hace capaz de amar, de comprender al hermano y de entrar en sintonía con él. Por otra parte, la práctica del perdón, según el ejemplo de Jesús, desafía y abre los corazones, cura las heridas del pecado y de la división y crea verdadera comunión.

6. Con la celebración de la Jornada Misionera Mundial se ofrece a todos la oportunidad de medirse con las exigencias del amor infinito de Dios. Amor que demanda fe; amor que invita a poner toda la propia confianza en Él. «Sin fe es imposible agradarle, pues el que se acerca a Dios ha de creer que existe y que recompensa a los que le buscan» (Hebreos 11,6).

En esta celebración anual se nos invita a rezar asiduamente por las misiones y a colaborar con todos los medios en las actividades que la Iglesia despliega en todo el mundo para construir el Reino de Dios, «Reino eterno y universal: reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz» (Prefacio de la fiesta de Cristo, Rey del universo). Estamos llamados ante todo a testimoniar con la vida nuestra adhesión total a Cristo y a su Evangelio.

Sí, nunca hay que avergonzarse del Evangelio y nunca hay que tener miedo de proclamarse cristianos, silenciando la propia fe. Es necesario, al contrario, continuar hablando, ensanchando los espacios del anuncio de la salvación, porque Jesús ha prometido permanecer siempre y en toda circunstancia presente en medio de sus discípulos.

La Jornada Misionera Mundial, verdadera y propia fiesta de la misión, nos ayuda así a descubrir mejor el valor de nuestra vocación personal y comunitaria. Nos estimula, asimismo, a ir en ayuda de los «hermanos más pequeños» (Cf. Mateo 25, 40) a través de los misioneros esparcidos en todas las partes del mundo. Esta es la tarea de las Obras Misionales Pontificias que desde siempre sirven a la Misión de la Iglesia, no haciendo

faltar a los más pequeños quien les parta el pan de la Palabra y continúe llevándoles el don del inagotable amor, que brota del corazón mismo del Salvador.

¡Queridísimos hermanos y hermanas! Encomendemos este empeño nuestro por el anuncio del Evangelio, así como también la entera actividad evangelizadora de la Iglesia, a María Santísima, Reina de las Misiones. Sea Ella quien nos acompañe en nuestro camino de descubrimiento, de anuncio y de testimonio del Amor de Dios, que perdona y dona la paz al hombre.

Con estos sentimientos, envío de corazón la Bendición Apostólica, como prenda de la constante protección del Señor, a todos los misioneros y misioneras esparcidos por el mundo, a todos los que les acompañan con la oración y la ayuda fraterna, a las comunidades cristianas de antigua y nueva fundación.

En el Vaticano, 19 de Mayo del 2002, Solemnidad de Pentecostés.

Juan Pablo II

JUAN PABLO II: HACER DE NUESTRA VIDA UNA CONSTANTE ALABANZA A DIOS

Intervención durante la audiencia general del miércoles

CIUDA DEL VATICANO, 9 enero 2002 (ZENIT.org).- Juan Pablo II invitó a hacer de la vida una constante alabanza a Dios al comentar el Salmo 150 durante la audiencia general que ofreció en el Aula Pablo VI del Vaticano este miércoles.

Ofrecemos a continuación las palabras del Papa.

1. El himno que acaba de servir de apoyo para nuestra oración es el último canto del Salterio, el Salmo 150. La palabra final que resuena en el libro de la oración de Israel es el aleluya, es decir, la alabanza pura a Dios, y por este motivo el Salmo es propuesto en

dos ocasiones por la Liturgia de los Laudes, en el segundo y en el cuarto domingo.

El breve texto está salpicado por la sucesión de diez imperativos que repiten la misma palabra «hallelû», «¡alabad!». Como música y canto perenne, parecen no apagarse nunca, como sucederá también en el célebre aleluya del «Mesías» de Händel. La alabanza a Dios se convierte en una especie de respiración del alma sin pausa. Como se ha escrito, «esta es una de las recompensas del ser humano: la tranquila exaltación, la capacidad de celebrar. Está bien expresada en una frase que el rabino Akiba dirigió a sus discípulos: "Un canto cada día / un canto para cada día"» (A. J. Heschel, «Chi è l'uomo?», Milán 1971, p. 198).

2. El Salmo 150 parece desarrollarse en tres momentos. Al comenzar, en los primeros dos versículos (versículos 1 a 2), la mirada se fija en el «Señor», en «su templo», en «su fuerte firmamento», en «sus obras magníficas», en «su grandeza». En un segundo momento --como si se tratara de un auténtico movimiento musical--, en la alabanza queda involucrada la orquesta del templo de Sión (cf. versículos 3-5b), que acompaña el canto y la danza sagrada. Al final, en el último versículo del Salmo (cf. v. 5c) aparece el universo, representado por «todo viviente» o, recalcando el original hebreo, «todo ser que alienta». La vida misma se hace alabanza, una alabanza que sube desde las criaturas hacia el Creador.

3. Nosotros, ahora, en nuestro primer encuentro con el Salmo 150, nos conformaremos con detenernos en el primer y último momento del himno. Sirven de marco para el segundo momento, corazón de la composición, y que examinaremos en el futuro, cuando la Liturgia de los Laudes vuelva a proponer este Salmo.

La primera sede en la que se desarrolla el canto musical y de oración es el «templo» (cfr v. 1). El original hebreo habla de área «sacra», pura y transcendente en la que habita Dios. Hace referencia, por tanto, al horizonte celeste y paradisiaco donde, como precisará el libro del Apocalipsis, se celebra la eterna y perfecta liturgia del Cordero (cf. por ejemplo Apocalipsis 5, 6-14). El misterio de Dios, en el que los santos son acogidos para participar en una comunión plena, es un ámbito de luz y de alegría, de revelación y de amor. No por casualidad, si bien con cierta libertad, la antigua traducción griega de los Setenta y la misma traducción latina de la Vulgata propusieron, en vez de «templo», la palabra «santos»: «Alabad al Señor entre sus santos».

4. Del cielo, el pensamiento pasa implícitamente a la tierra, subrayando las «obras magníficas» de Dios, que manifiestan «su inmensa grandeza» (versículo 2). Estos prodigios son descritos en el Salmo 104, en donde se invita a los israelitas a «meditar en todos los prodigios» de Dios (v. 2), a recordar «las maravillas que hizo, sus prodigios, las sentencias de su boca» (v. 5); el salmista recuerda entonces «la alianza sellada con Abraham» (v. 9), la extraordinaria historia de José, los prodigios de la liberación de Egipto y la travesía del desierto y, por último el don de la tierra. Otro Salmo habla de situaciones angustiosas de las que el Señor libera a quienes le «gritan»; las personas liberadas son invitadas repetidas veces a dar gracias por los prodigios realizados por Dios: «Den gracias al Señor por su misericordia, por las maravillas que hace con los hombres» (Salmo 106, 8.15.21.31).

Se puede entender así, en nuestro Salmo, la referencia a las «obras fuertes», como dice el original hebreo, es decir, los «prodigios» poderosos (cf. v. 2), que Dios disemina en la historia de la salvación. La alabanza se convierte en profesión de fe en Dios Creador y Redentor, celebración festiva del amor divino, que se despliega creando y salvando, dando la vida y la liberación.

5. Llegamos así al último versículo del Salmo 150 (cf. versículo 5c). El término hebreo utilizado para indicar a los «vivos» que alaban a Dios hace referencia a la respiración, como antes decía, pero también a algo íntimo y profundo, innato en el hombre.

Si bien se puede pensar que toda la vida de lo creado es un himno de alabanza al Creador, es más preciso, sin embargo, considerar que una posición de primacía en este coro es reservada a la criatura humana. A través del ser humano, portavoz de toda la creación, todos los vivos alaban al Señor. Nuestra respiración de vida, que quiere decir también autoconciencia, consciencia y libertad (cf. Proverbios 20, 27), se convierte en canto y oración de toda la vida que palpita en el universo. Por ello, recitemos entre nosotros «salmos, himnos y cánticos inspirados; cantando y salmodiando al Señor» de todo corazón (Efesios 5, 19).

6. Al transcribir los versículos del Salmo 150, los manuscritos hebreos reproducen con frecuencia la «Menorah», el famoso candelabro de siete brazos, colocado en el Santo de los Santos del templo de Jerusalén. Sugieren así una bella interpretación de este Salmo, que desde siempre ha sido un auténtico «Amén» a la oración de nuestros «hermanos

mayores»: todo hombre, con todos los instrumentos que su ingenio ha inventado «trompetas, arpas, cítaras, tambores, danzas, trompas, flautas, platillos sonoros», como dice el Salmo, pero al mismo tiempo también «todo viviente» es invitado a arder como la «Menorah» frente al Santo de los Santos, en constante oración de alabanza y de acción de gracias.

Unidos con el Hijo, voz perfecta de todo el mundo por Él creado, convirtámonos también nosotros en oración incesante ante el trono de Dios.

[Traducción del original italiano en castellano realizada por Zenit.

Al final de la audiencia, el pontífice hizo esta síntesis en castellano]

Queridos hermanos y hermanas:

La catequesis de hoy está dedicada al salmo 150, que pertenece a los Laudes del domingo de la segunda y cuarta semana. Por diez se repite la palabra "alabad", siendo una invitación a la alabanza divina sin interrupción.

El texto se divide en tres partes; en la primera, la mirada se dirige hacia el Señor, fijándose en su santuario, en su inmensa grandeza, en sus obras magníficas. En la segunda, se une a la alabanza la música del templo de Sión, para concluir en la última parte con la alabanza universal: "Todo ser que alienta alabe al Señor", convirtiendo así la vida en un canto de alabanza que las criaturas elevan a su Creador. Con este Salmo, unidos a Cristo, voz perfecta de todo el mundo creado por medio de Él, nos convertimos en oración incesante ante el trono de Dios.

Saludo con afecto a los peregrinos de lengua española presentes en esta audiencia. A todos os deseo un feliz y próspero Año 2002, apenas comenzado, augurando que a lo largo del mismo podáis alabar al Señor continuamente, como nos ha indicado el Salmo que hemos comentado hoy.

EL PAPA: LA EUCARISTÍA, CUMBRE DE LA UNIÓN ENTRE DIOS Y EL HOMBRE

Intervención durante la audiencia general de este miércoles

CIUDAD DEL VATICANO, 11 oct (ZENIT.org).-

«Con la Eucaristía la intimidad se hace total, el abrazo entre Dios y el hombre alcanza su culmen». Lo afirmó esta mañana Juan Pablo II durante la audiencia general de este miércoles, en la que continuó con su serie de meditaciones jubilares en torno al milagro más grande de todos los tiempos.

Ofrecemos a continuación las palabras pronunciadas por el Santo Padre.

1. «Por Cristo, con él y en él, a ti Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria». Esta proclamación de alabanza trinitaria sella en toda celebración eucarística la oración del Canon. La Eucaristía, de hecho, es el perfecto «sacrificio de alabanza», la glorificación más elevada que surge de la tierra hacia el cielo, «fuente y cumbre de toda la vida cristiana en la que [los hijos de Dios] ofrecen [al Padre] la víctima divina y se ofrecen a sí mismos con ella» («Lumen Gentium», n 11). En el Nuevo Testamento, la Carta a los Hebreos nos enseña que la liturgia cristiana es ofrecida por un «sumo sacerdote santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, encumbrado por encima de los cielos», que elevó una vez para siempre el único sacrificio «ofreciéndose a sí mismo» (cf. Hebreos 7,26-27). «Ofrezcamos sin cesar --dice la Carta--, por medio de él, a Dios un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que celebran su nombre» (Hebreos 13, 15). Queremos evocar hoy brevemente los dos temas del sacrificio y de la alabanza que se encuentran en la Eucaristía, «sacrificium laudis»..

La Eucaristía, sacrificio de Cristo

2. En la Eucaristía se actualiza, ante todo, el sacrificio de Cristo. Jesús está realmente presente bajo las especies del pan y del vino, como él mismo nos asegura: «Este es mi cuerpo... Esta es mi sangre» (Mateo 26, 27-28). Pero el Cristo que está presente en la Eucaristía es el Cristo que ya ha sido glorificado, el que en el Vienes Santo se ofreció a sí mismo en la cruz. Algo que subrayó con las palabras que pronunció sobre el cáliz del vino: «ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados» (Mateo 26, 28; cf. Marcos 14, 24; Lucas 22, 20). Si se examinan estas palabras a la luz de su contexto bíblico, surgen dos referencias significativas. La primera es la locución «sangre derramada» que, como atestigua el lenguaje bíblico (cf. Génesis 9, 6), es sinónimo de muerte violenta. La segunda es la aclaración «por muchos» aludiendo a los destinatarios de la sangre derramada. La alusión nos remonta a

un texto fundamental para la relectura cristiana de las Sagradas Escrituras, el cuarto canto de Isaías: con su sacrificio, «entregándose a sí mismo a la muerte», el Siervo del Señor «cargaba con el pecado de muchos» (Isaías 53, 12; Hebreos 9, 28; 1 Pedro 2, 24).

3. La misma dimensión de sacrificio y de redención de la Eucaristía se expresa con las palabras de Jesús sobre el pan en la Última Cena, tal y como son referidas por la tradición de Lucas y de Pablo: «Este es mi cuerpo que será entregado por vosotros» (Lucas 22, 19; cf. 1 Corintios 11, 24). También en este caso, se hace referencia a la entrega en sacrificio del Siervo del Señor, según el pasaje ya evocado de Isaías (53, 12): «Se entregó a sí mismo a la muerte...; llevaba el pecado de muchos e intercedía por los pecadores». La Eucaristía es, por tanto, un sacrificio: sacrificio de la redención y, al mismo tiempo, de la nueva alianza, como creemos y como profesan claramente también las Iglesias de Oriente. «El sacrificio de hoy --afirmó hace siglos la Iglesia griega, en el Sínodo Constantinopolitano contra Sotérico de 1156-1157-- es como el que un día ofreció el unigénito Verbo Divino encarnado, se ofrece hoy como entonces, siendo un sólo y único sacrificio» (Carta apostólica «Dominicae Cena», n. 9).

4. La Eucaristía, como sacrificio de la nueva alianza, constituye un desarrollo y cumplimiento de la alianza celebrada en el Sinaí, cuando Moisés derramó la mitad de la sangre de las víctimas del sacrificio sobre el altar, símbolo de Dios, y la otra mitad sobre la asamblea de los hijos de Israel (cf. Éxodo 24, 5-8). Esta «sangre de la alianza» unía íntimamente a Dios y al hombre en un lazo de solidaridad. Con la Eucaristía la intimidad se hace total, el abrazo entre Dios y el hombre alcanza su culmen. Es el cumplimiento de la «nueva alianza» que había predicho Jeremías (31, 31-34): un pacto en el espíritu y en el corazón que la Carta a los Hebreos destaca precisamente basándose en el oráculo del profeta, uniéndolo al sacrificio único y definitivo de Cristo (cf. Hebreos 10,14-17).

Eucaristía, sacrificio de alabanza

5. Llegados a este punto, podemos ilustrar otra afirmación: la Eucaristía es un sacrificio de alabanza. Esencialmente orientado a la comunión plena entre Dios y el hombre, «el sacrificio eucarístico es la fuente y el culmen de todo el culto de la Iglesia y de toda la vida cristiana. Los fieles participan con mayor plenitud en el sacrificio de acción de gracias, propiciación, de impetración y de alabanza no sólo cuando ofrecen al Padre con todo su corazón, en unión con el sacerdote, la víctima sagrada y, en ella, se ofrecen a sí mismos, sino también cuando reciben la misma víctima en el sacramento» (Sagrada Congregación para los Ritos, «Eucharisticum Mysterium», n. 3 e).

Como dice el término mismo en su etimología griega, la Eucaristía es «agradecimiento»; en ella el Hijo de Dios une a sí la humanidad redimida en un canto de acción de gracias y de alabanza. Recordamos que la palabra hebrea «todah», traducida como «alabanza», significa también «agradecimiento». El sacrificio de alabanza era un sacrificio de acción de gracias (cf. Salmo 50[49], 14. 23). En la Última Cena, para instituir la Eucaristía, Jesús dio gracias a su Padre (cf. Mateo 26, 26-27 y paralelos); este es el origen del nombre de este sacramento.

Unión entre Dios y el hombre

6. «En el sacrificio eucarístico, toda la creación amada por Dios es presentada al Padre a través de la muerte y resurrección de Cristo» (Catecismo de la Iglesia Católica 1359). Uniéndose al sacrificio de Cristo, la Iglesia en la Eucaristía da voz a la alabanza de toda la creación. A esto le debe corresponder el compromiso de cada fiel de ofrecer su existencia, su «cuerpo» --como dice Pablo-- «en sacrificio viviente, santo y grato a Dios» (Romanos 12, 1), en una comunión plena con Cristo. De este modo, una misma vida une Dios con el hombre, Cristo crucificado y resucitado por todos y el discípulo llamado a entregarse totalmente a Él.

El poeta francés Paul Claudel eleva un canto a esta comunión íntima de amor, poniendo en boca de Cristo estas palabras: «Ven conmigo, donde yo estoy en ti mismo, / y te daré la llave de la existencia. Allá donde estoy, allá eternamente/ está el secreto de tu origen... / (...). ¿Acaso no son tus manos las mías? / Y tus pies, ¿no están clavados en la misma cruz? / ¡Yo he muerto, yo he resucitado de una vez para siempre! Nosotros estamos muy cerca el uno del otro / (...). ¿Cómo es posible separarte de mí/ sin que tú me rompas el corazón?» («La Messe là-bas»).

JUAN PABLO II: LA EUCARISTÍA, ABRAZO CULMINANTE ENTRE DIOS Y EL HOMBRE

Continúa las meditaciones sobre el milagro más grande del cristianismo

CIUDAD DEL VATICANO, 11 oct (ZENIT.org).- La unión plena con Dios es posible y se da en un misterioso sacramento: la Eucaristía. Este fue el tema de la intervención de Juan Pablo II en la audiencia general que ofreció esta mañana.

Al encontrarse con 38 mil peregrinos de todos los continentes (había representaciones de Albania, Uganda y Vietnam), el pontífice continuó con la serie de meditaciones que

ha emprendido en esta segunda parte del Jubileo del año 2000 sobre el milagro más grande del cristianismo: la presencia de Cristo en la Eucaristía.

Un misterio, que sólo se puede comprender con los ojos del amor. «En el sacrificio eucarístico, toda la creación amada por Dios es presentada al Padre a través de la muerte y resurrección de Cristo», dijo el Papa recordando un sugerente pasaje del Catecismo de la Iglesia Católica. De este modo, «una misma vida une Dios con el hombre, Cristo crucificado y resucitado por todos y el discípulo llamado a entregarse totalmente a Él». En definitiva: el abrazo místico al que han aspirado todos los grandes buscadores de Dios.

El tema no era fácil. El pontífice alternó citas de la Escritura, referencias teológicas y pinceladas místicas. Para explicarse, el Santo Padre citó unos versos del poeta y dramaturgo francés Paul Claudel (1868-1955), quien supo describir de manera genial este abrazo entre Dios y el hombre, poniendo en boca de Cristo estas palabras: «Ven conmigo, donde yo estoy en ti mismo, / y te daré la llave de la existencia. Allá donde estoy, allá eternamente/ está el secreto de tu origen... / (...). ¿Acaso no son tus manos las mías? / Y tus pies, ¿no están clavados en la misma cruz? / ¡Yo he muerto, yo he resucitado de una vez para siempre! Nosotros estamos muy cerca el uno del otro / (...). ¿Cómo es posible separarte de mí/ sin que tú me rompas el corazón?».

Pero, ¿cómo es posible algo así? ¿Qué lógica explica esta locura de amor de Dios por el hombre que le ha llevado a unirse con él a través del sacrificio de su hijo? Juan Pablo II explicó precisamente que no se puede entender nada sin comprender el misterio de Jesús.

De hecho, recordó, «En la Eucaristía se actualiza, ante todo, el sacrificio de Cristo. Jesús está realmente presente bajo las especies del pan y del vino, como él mismo nos asegura: "Este es mi cuerpo... Esta es mi sangre"»

Para tratar de hacer comprender lo que realmente es incomprensible, el pontífice se remontó al Antiguo Testamento, y más en concreto al pasaje de Isaías en el que se habla del Siervo del Señor que: con su sacrificio, «entregándose a sí mismo a la muerte», «cargó con el pecado de muchos».

De este modo, con el sacrificio de su Hijo, como recordó hoy el Papa, Dios hizo una

nueva alianza con el hombre. La Biblia, al evocar la epopeya de Moisés, recuerda la alianza que hizo Dios con su pueblo, cuando el profeta derramó la mitad de la sangre de las víctimas del sacrificio sobre el altar, símbolo de Dios, y la otra mitad sobre la asamblea de los hijos de Israel (cf. Éxodo 24, 5-8). «Esta "sangre de la alianza" unía íntimamente a Dios y al hombre en un lazo de solidaridad --explicó Juan Pablo II--. Con la Eucaristía la intimidad se hace total, el abrazo entre Dios y el hombre alcanza su culmen. Es el cumplimiento de la "nueva alianza" que había predicho Jeremías: un pacto en el espíritu y en el corazón».

Por eso, añadió, «los fieles participan con mayor plenitud en el sacrificio de acción de gracias, propiciación, de impetración y de alabanza no sólo cuando ofrecen al Padre con todo su corazón, en unión con el sacerdote, la víctima sagrada y, en ella, se ofrecen a sí mismos, sino también cuando reciben la misma víctima en el sacramento». En definitiva: el abrazo culminante con Dios.

Juan Pablo II: LA SENDA DE LA SANTIDAD VA CONTRA CORRIENTE

Intervención con motivo del «Angelus», 1 de noviembre

CIUDAD DEL VATICANO, 4 noviembre 2001 (ZENIT.org).- La santidad consiste en vivir «contra corriente» las bienaventuranzas, explicó Juan Pablo II el pasado 1 de noviembre, fiesta de Todos los Santos, en la intervención que dirigió los miles de peregrinos congregados en la plaza de San Pedro con motivo del «Angelus».

Asimismo, el obispo de Roma reveló que en la tarde de ese mismo día descendería a las grutas vaticanas, donde se encuentran enterrados muchos de sus predecesores, para rezar por «las numerosas víctimas de la violencia, sobre todo de estos últimos tiempos», en especial por «cuantos sacrificaron su vida por permanecer fieles a Cristo hasta el fin».

Publicamos las palabras pronunciadas por el Santo Padre.

* * *

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Celebramos hoy la solemnidad de Todos los Santos. En la luz de Dios recordamos a todos los que han dado testimonio de Cristo durante su vida terrena, esforzándose por poner en práctica sus enseñanzas. Nos alegramos con estos hermanos y hermanas nuestros que nos han precedido, recorriendo nuestro mismo camino, y que ahora, en la gloria del cielo, gozan del premio merecido.

«Contra corriente»

Estos son los que, según la expresión del Apocalipsis, «vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero» (Ap 7, 14). Han sabido ir contra corriente, acogiendo el «sermón de la montaña» como norma inspiradora de su vida: pobreza de espíritu y sencillez de vida; mansedumbre y no violencia; arrepentimiento de los pecados propios y expiación de los ajenos; hambre y sed de justicia; misericordia y compasión; pureza de corazón; compromiso en favor de la paz; y sacrificio por la justicia (cf. Mt 5, 3-10).

Todo cristiano está llamado a la santidad, es decir, a vivir las bienaventuranzas. Como ejemplo para todos, la Iglesia indica a los hermanos y hermanas que se han distinguido en las virtudes y han sido instrumentos de la gracia divina. Hoy los celebramos a todos juntos, para que con su ayuda crezcamos en el amor a Dios y seamos «sal de la tierra y luz del mundo» (Mt 5, 13-14).

Fieles difuntos

2. La comunión de los santos supera el umbral de la muerte. Es una comunión que tiene su centro en Dios, el Dios de los vivos (cf. Mt 22, 32). «Dichosos los muertos que mueren en el Señor» (Ap 14, 13), leemos en el libro del Apocalipsis. Precisamente la fiesta de Todos los Santos ilumina el significado de la conmemoración de Todos los fieles difuntos, que celebraremos mañana. Esta es una jornada de oración y de profunda reflexión sobre el misterio de la vida y la muerte. «Dios no hizo la muerte» --afirma la Escritura--, sino que «todo lo creó para que subsistiera» (Sb 1, 13-14). «La muerte entró en el mundo por la envidia del diablo, y la experimentan los que le pertenecen» (Sb 2, 24).

El Evangelio revela cómo Jesucristo tenía un poder absoluto sobre la muerte física, que consideraba casi como un sueño (cf. Mt 9, 24-25; Lc 7, 14-15; Jn 11, 11). Jesús sugiere que hay que tener miedo de otra muerte: la del alma, que a causa del pecado pierde la vida divina de la gracia, quedando excluida definitivamente de la vida y de la felicidad.

3. Por el contrario, Dios quiere que todos los hombres se salven (cf. 1 Tm 2, 4). Por eso envió a la tierra a su Hijo (cf. Jn 3, 16), para que todos los hombres tengan vida «en abundancia» (cf. Jn 10, 10). El Padre celestial no se resigna a perder a ninguno de sus hijos, sino que quiere que todos estén con él, y sean santos e inmaculados en el amor (cf. Ef 1, 4).

Santos e inmaculados como la Virgen María, modelo eminente de la humanidad nueva. Su felicidad es plena, en la gloria de Dios. En ella resplandece la meta a la que todos tendemos. A ella le encomendamos a nuestros hermanos difuntos, en espera de encontrarnos con ellos, en la casa del Padre.

[Después del rezo del Angelus, el Santo Padre pronunció las siguientes palabras:]

Víctimas de la violencia

Esta tarde bajaré a la cripta vaticana para orar ante las tumbas de mis predecesores, que están enterrados allí. Iré espiritualmente en peregrinación a todos los cementerios del mundo, donde reposan los que nos precedieron en el signo de la fe y esperan el día de la resurrección.

En particular, elevaré mi oración de sufragio por las numerosas víctimas de la violencia, sobre todo de estos últimos tiempos, y recordaré también, de modo especial, a cuantos sacrificaron su vida por permanecer fieles a Cristo hasta el fin. A la oración por ellos se une la invocación al Señor para que conceda consuelo y alivio a cuantos sufren por la trágica muerte de sus seres queridos. Que la bendición de Dios descienda sobre todos.

[Traducción del original italiano realizada por «L'Osservatore Romano»]

LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA, DON DEL ESPÍRITU A LA IGLESIA, SEGÚN EL PAPA

Celebra los treinta años de su implantación en Italia

CIUDAD DEL VATICANO, 14 marzo 2002 (ZENIT.org).- Juan Pablo II celebró este jueves los treinta años del nacimiento de la Renovación Carismática en Italia recibiendo a una delegación de miembros de este movimiento eclesial esparcido por todo el mundo.

«¡Sí! --exclamó con entusiasmo el Papa al dar la bienvenida a los «carismáticos», como comúnmente son conocidos--. La Renovación en el Espíritu puede ser considerada como un don especial del Espíritu Santo a la Iglesia en nuestro tiempo».

La Renovación en el Espíritu Santo cuenta en Italia con más de 200 mil miembros, distribuidos en 1.800 comunidades o grupos de oración. Según cálculos citados este jueves por [Radio Vaticano](#), reagrupa en el mundo al menos a 80 millones de católicos.

El Santo Padre agradeció en particular el espíritu con el que crece la Renovación en Italia, caracterizado por «la colaboración con la Jerarquía y con los responsables de los demás movimientos, asociaciones y comunidades».

«Nacido en la Iglesia y para la Iglesia --constató--, en vuestro movimiento se experimenta a la luz del Evangelio el encuentro vivo con Jesús, la fidelidad a Dios en la oración personal y comunitaria, la escucha confiada en la Palabra, el descubrimiento vital de los Sacramentos, así como la valentía en las pruebas y la esperanza en las tribulaciones».

El obispo de Roma añadió que «el amor a la Iglesia y la adhesión a su Magisterio, en un camino de maduración eclesial apoyado por una sólida formación permanente, son signos elocuentes de vuestro compromiso por evitar el riesgo de quedarse, sin querer, en una experiencia meramente emocional de lo divino».

Este riesgo, siguió explicando, se puede apreciar «en una búsqueda exagerada de lo "extraordinario", y en un repliegue intimista que rehuye del compromiso apostólico».

Al final del encuentro, el Papa bendijo tres proyectos lanzados por la Renovación Carismática en Italia.

El primero es el apoyo a la implantación de la Iglesia en Moldavia, en colaboración con

la Fundación «Regina Pacis» de la arquidiócesis italiana de Lecce. Esta institución, entre otras cosas, ha liberado de la esclavitud de la prostitución en la que habían sido confinadas cientos de jóvenes moldavas en Italia.

El segundo proyecto impulsado por el pontífice es la animación espiritual realizada por miembros de la Renovación Carismática de santuarios marianos, «lugares privilegiados del Espíritu», reconoció, «que os da la oportunidad de ofrecer a los peregrinos caminos para profundizar en la fe y en la reflexión espiritual».

Por último, alentó el proyecto de la «Zarza ardiente» (Cf. Zenit, 7 de mayo de 2001), una invitación a la adoración incesante, día y noche. La iniciativa pretende que los cristianos «regresen al Cenáculo» para alcanzar la plena unidad y la conversión de los pecadores.

EL PAPA A CARISMÁTICOS: SE NECESITAN COMUNICADORES DE LA BELLEZA DEL EVANGELIO

Envía un mensaje a 25.000 participantes del XXVII Congreso Nacional en Rímini

RÍMINI, viernes, 30 abril 2004 (ZENIT.org).- Juan Pablo II ha querido transmitir la necesidad actual de hombres y mujeres «que sepan comunicar la fascinación del Evangelio» en un mensaje enviado al Congreso anual de la «Renovación en el Espíritu» de Italia (RnS, por sus siglas en italiano), que reúne en la ciudad de Rímini hasta el próximo domingo a 25.000 participantes.

El «Rinnovamento nello Spirito Santo» (RnS) o «Renovación Carismática Católica» (RCC) surgió en 1967 cuando algunos estudiantes de la Universidad de Duquesne (Pittsburgh, Pennsylvania – EE. UU.) participaron en un retiro durante el cual experimentaron la efusión del Espíritu Santo y la manifestación de algunos dones carismáticos.

Desde entonces, la RCC se ha difundido rápidamente por todo el mundo y desde 1970 está presente en Italia. Actualmente más de 100 millones de católicos participan de su espiritualidad en 200 países. Tiene un Consejo Internacional (ICCRS – International Catholic Charismatic Renewal Services) reconocido por el Consejo Pontificio para los Laicos.

En cuanto al RnS italiano, está formado por 1.800 grupos y comunidades presentes en todas las diócesis del país, donde 250.000 personas participan de su espiritualidad. Este año, el congreso anual en Rímini –una gran reunión de oración y evangelización-- se transmite vía satélite a todo el mundo.

«He aquí que yo creo cielos nuevos y tierra nueva; habrá gozo por siempre por lo que yo voy a crear» (Cf. Is 65, 17-18) es un lema –escogido para esta XXVII edición-- «que ayuda a contemplar el gran misterio del gozo cristiano», reconoce el Papa en su mensaje, enviado a través del obispo de Rímini, monseñor Mariano de Nicolò.

«Deseo de corazón –dice a los participantes-- que la Renovación en el Espíritu Santo suscite cada vez más en la Iglesia la conversión interior sin la cual difícilmente el hombre puede resistir las seducciones de la carne y las concupiscencias del mundo».

Y es que «nuestro tiempo --reconoce-- tiene una gran necesidad de hombres y mujeres que, como rayos de luz, sepan comunicar la fascinación del Evangelio y la belleza de la vida nueva en el Espíritu».

«Con la fuerza arrolladora de la oración de alabanza y la gracia que brota de la vida sacramental --recuerda--, el Espíritu dona incesantemente sus carismas a la Comunidad eclesial, para que sea constantemente enriquecida y edificada».

Pero advierte que al Evangelio de Cristo «hay que corresponder con la audacia de la fe, que es madre de todos los milagros de amor, con la firme confianza que nos hace rogar a Dios todo bien para la salvación de nuestras almas».

«Cada uno, por lo tanto, como verdadero discípulo de Jesús, debe aplicarse sin descanso a seguir sus enseñanzas, haciendo del propio camino de renovación espiritual una permanente escuela de conversión y de santidad», exhorta Juan Pablo II.

«Ser testigos de las “razones del Espíritu”: ésta es vuestra misión, queridos miembros de la Renovación en el Espíritu Santo –constata el Papa--, en una sociedad donde a menudo la razón humana no parece impregnada de la sabiduría que viene de lo Alto».

«Poned en el ánimo de los creyentes que participan en las actividades de vuestros grupos y de vuestras comunidades una semilla de fecunda esperanza en la cotidiana dedicación de cada uno a los propios deberes», pide finalmente el Papa en el mensaje que leyó a toda la asamblea monseñor Dino Foglio, asesor espiritual nacional del RnS.

El cardenal Giovanni Battista Re –prefecto de la Congregación vaticana para los Obispos--, el cardenal Francis Arinze –prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos-- y el padre Raniero Cantalamessa –predicador de la Casa Pontificia—figuran entre los invitados al Congreso anual del RnS italiano.